

# La escritura del Barroco



El Barroco es rojo. Rojo fuerte de energía y esplendor. Rojo de fuego, de pasión, de dinamismo incandescente. Los siglos del Barroco, XVII y mediados del XVIII, en Europa bullían desordenados entre batallas cruentas y despiadados desvaríos entre países, poderes e Historia. En el Barroco, las mismas manos que, tras acariciar las teclas de un clavicordio, eran capaces de desenvainar la espada en los rincones oscuros de empedradas callejuelas, también lo eran de tomar la pluma y esbozar con gesto alocado y sin receso una caligrafía de aire rimbombante, exageradamente agitada y viva, despierta y sugerente, de trazado potente y dibujados perfiles cuan retrato fiel de un tiempo que se expande, libre al fin del encorsetamiento y de los rígidos nudos que fuertemente la Edad Media había sin piedad atado.

En la escritura, así como en la Historia y en el Arte, se retrató el Barroco con las características singulares que pasamos a continuación a relatar:

## El alma en movimiento

“Puedese padecer, mas no saberse  
Puedese codiciar, no averiguarse,  
Alma que en movimiento puede verse”  
(Francisco de Quevedo)

Signo inconfundible del barroco es el movimiento y el dinamismo. El hecho coetáneo del descubrimiento de la circulación de la sangre<sup>1</sup> parece querer coincidir aposta con el fluir continuo de nuestro también rojo barroco, impetuoso y violento, acelerado y convulso, dinámico, inquieto. El espíritu, liberado de las cadenas forjadas en la Edad Media, pugna por la desenfrenada expansión.

Ese sentimiento de variación y de cambios provoca, a su vez, la afirmación de una pretendida capacidad para afrontarlos y tratar de encauzarlos.

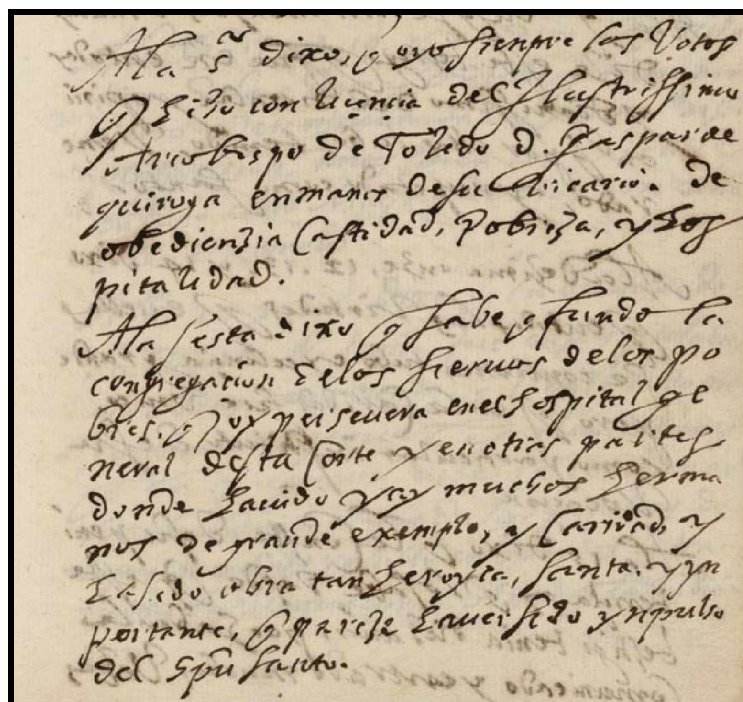
“La celeste armonía en mudanza se funda”, dice Lope de Vega y, a su vez, pregunta al Mundo: “En tus mudanzas, ¿quién será constante?”



---

<sup>1</sup> En 1628 se publica el Tratado “Sobre el Movimiento del Corazón y la Sangre”, de William Harvey, que señala el fin de un concepto estático del organismo y el nacimiento de la fisiología como ciencia. Años antes, en 1553, Miguel Servet ya había publicado “Christianismi Restitutio”, un tratado teológico donde, con cierta osadía, plasmaba sus particulares investigaciones sobre la circulación sanguínea pulmonar. Fue condenado a la hoguera por hereje.

Las obras del arte barroco se presentan pues como planteamientos esencialmente dinámicos, donde el equilibrio parece no saber encontrar su lugar y se ve constantemente amenazado. Ejemplo de ello son las esculturas de Bernini de quien se cuenta, a modo de anécdota, que al asistir en cierta ocasión al Palacio del Louvre para realizar un busto del rey Luis XIV, viendo adoptar al Rey la postura de pose quieta, le pidió que se moviera con soltura y naturalidad por la estancia para poder conocer su verdadero semblante, alegando “un hombre nunca es tan semejante a sí mismo como cuando está en movimiento” Este dinamismo se transporta también al arte de la escritura barroca, caracterizado esencialmente por tener la habilidad el autor de realizar trazos seguidos, efectuando ligados al vuelo, ágiles y fluidos, sin necesidad de levantar el útil del papel. El famoso calígrafo, Pedro Díaz Morante, en su “Arte de escribir” (1616), llamó “trabado” a este tipo de enlaces entre letras. Los “latigazos” de este trabado en algunos escritos son particularmente fascinantes, como podemos apreciar en el ejemplo propuesto –fragmento del “Códice Daza”, de Lope de Vega- y nos están hablando de una capacidad creativa sin límites, así como de una habilidad aplastante para la lógica y el razonamiento. El movimiento se traduce también en una escritura de inclinación variable y en un conjunto irregular, con abundantes choques entre líneas y, en general, confuso.



## La violencia y el recelo

Comendador ¡Que a un capitán cuya espada  
tiemblan Córdoba y Granada,  
un labrador, un mozuelo  
ponga una ballesta al pecho!  
El mundo se acaba, Flores.

Flores Como eso pueden amores.

Ortuño Y pues que vive, sospecho  
que grande amistad le debes.

Comendador Yo he disimulado, Ortuño;  
que si no, de punta a puño,  
antes de dos horas breves,  
pasara todo el lugar;  
que hasta que llegue ocasión  
al freno de la razón  
hago la venganza estar.

(Lope de Vega, "Fuenteovejuna". Acto III)

El caballero embozado escurriéndose entre las oscuras callejuelas, los duelos de espadas, los hidalgos de lanza en astillero -siempre a la defensiva, como Don Quijote de La Mancha, dispuestos a luchar contra gigantes- retratan la imagen singular del siglo XVII. El turbión de violencia y la situación de crisis que azotaba a toda la Europa de la época, sumida entre represiones y guerras, dio lugar a la acción de la violencia y a la actitud de recelo y defensa, incluida en esta última la venganza, tema recurrente en las obras teatrales del Siglo de Oro que avivan el espíritu subversivo y jalean el alzamiento en masa.

"Se arman de artes unos contra otros y viven todos en perpetuas desconfianzas y recelos" (Saavedra Fajardo)

El hombre barroco es pues un hombre atento, prudente, receloso, guardián de sus tesoros, que camina por la vida con paso precavido y en actitud constante, como decimos, de defensa. Los peligros asaltan detrás de cada esquina.

“Crece mi camino y crece mi cuidado” (Fernando de Herrera).

El espíritu violento y sangriento del Barroco, se traduce en una escritura irregular, desorganizada y con choques entre renglones que nos hablan de invasión del terreno ajeno. El predominio de la caligrafía angulosa y la potencia de su trazado vertical, así como la firmeza de los perfiles, dan fe del temperamento duro e intransigente del hombre de la época. Son comunes también los finales de letra con “rasgo del escorpión” signo del perenne estado a la defensiva, así como las rúbricas cerrando la firma, como si de una poderosa coraza se tratasen, por la derecha.

## Carpe Diem

“Mi vida pasa volando, el tiempo corre”

(Lope de Vega)

Esta situación de violencia que invita a la prudencia, provoca también que el hombre barroco lance una mirada hacia lo incierto de las situaciones o, mejor dicho, hacia el peligro mismo que las situaciones, dado el caos reinante, puedan entrañar. Esto genera un inevitable miedo por el loco transcurrir del tiempo y el paso fugaz por la vida, así como un despierto interés por el “qué ocurrirá después” y, en especial, por la muerte misma.

Mientras por competir con tu cabello,  
oro bruñado al sol relumbra en vano;  
mientras con menosprecio en medio el llano  
mira tu blanca frente el lilio bello;  
mientras a cada labio, por cogello  
siguen más ojos que al clavel temprano;  
y mientras triunfa con desdén lozano  
del luciente cristal tu gentil cuello:

goza cuello, cabello, labio y frente,  
antes que lo que fue en tu edad dorada  
oro, lilio, clavel, cristal luciente,  
no sólo en plata o viola troncada  
se vuelva, mas tú y ello juntamente  
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

("A una rosa", Luis de Góngora)

Este famoso poema de Góngora dedicado "a una rosa" está basado en el anterior de Gracilaso de la Vega, que encubría su amor platónico por la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, y se vio inspirado con la anécdota, que hizo correr ríos de tinta en aquella época, sobre la impresión que causó en los presentes el descubrimiento del cadáver descompuesto de la que había sido bellísima emperatriz, al ir a ser enterrada en la Capilla Real de Granada, tras el largo viaje hasta allí desde Toledo.... "Carpe Diem" significa "aprovecha el momento" antes de que, como dice el poema, "lo que fue en tu edad dorada (...) se vuelva, mas tú y ello juntamente, en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada"

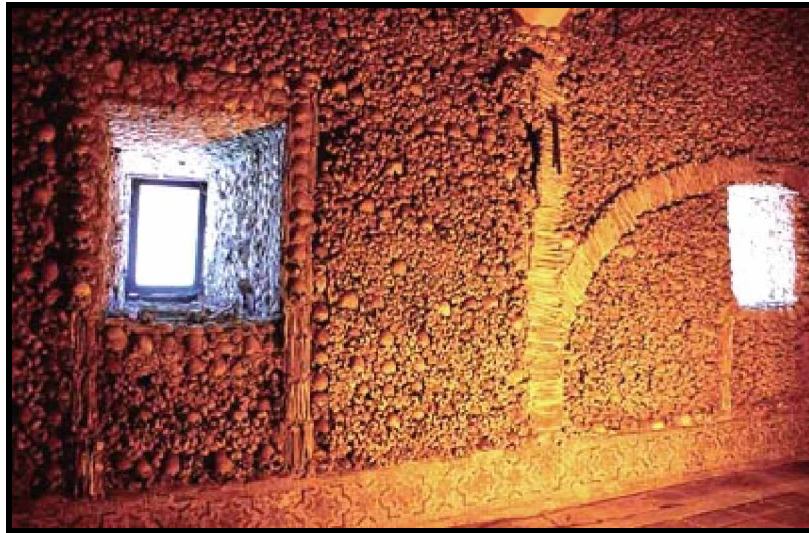


"Tú eres, tiempo, el que te quedas  
Y yo soy el que me voy"  
(Luis de Góngora)

Es normal que sea pues el esqueleto el icono por excelencia de esta época de inclinaciones macabras, y que se vea representando a la muerte en multitud de obras de arte. Un curioso ejemplo es la Capilla de los Huesos, en Évora (Portugal), fundada en el siglo XVII por monjes franciscanos, y que está

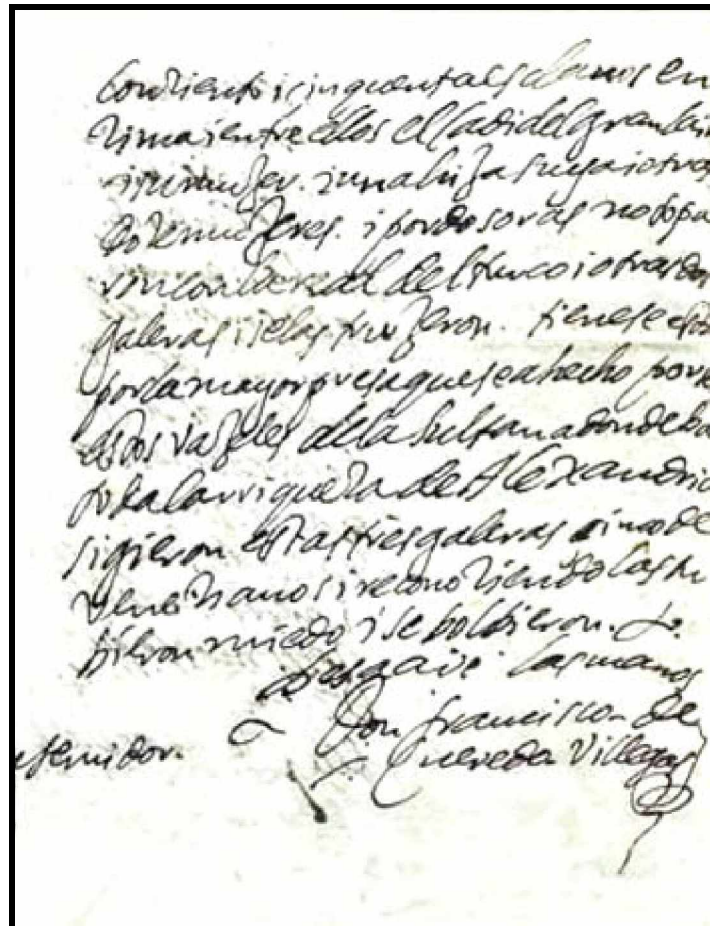
construida enteramente con huesos humanos. Sobre el dintel de la entrada reza la inscripción:

“Los huesos que aquí estamos por los vuestros esperamos”



El gran afán de este siglo era enseñar el aprendizaje de la escritura en tiempo récord. Las distintas escuelas de maestros calígrafos competían incluso entre ellos para ver quién era capaz de enseñar a escribir en menos tiempo. Y quizás esto pudiera tener cierta relación por ese afán de caminar a pasos rápidos por una vida que se escapa, por ese momento fugaz que hay que aprovechar y exprimir al máximo.

La escritura del Barroco se traduce pues, junto con los rasgos de agilidad y ligazón ya destacados al hablar del dinamismo, en una fuga hacia delante y en trazos que la corroboran, tales como finales de letra lanzados, inclinación precipitada a la derecha, no sin algunos rasgos regresivos hacia los orígenes, texto fugado hacia el margen derecho, así como en el frecuente uso de abreviaturas como forma, digamos, de ganar tiempo.



Manuscrito de Francisco de Quevedo

## “El gran teatro del mundo”

Si soy Autor y si la fiesta es mía,  
por fuerza la ha de hacer mi compañía.  
Y pues que yo escogi de los primeros  
los hombres, y ellos son mis compañeros,  
ellos, en el Teatro  
del mundo, que contiene partes cuatro,  
con estilo oportuno  
han de representar. Yo a cada uno  
el papel le daré que le convenga,  
y porque en fiesta igual su parte tenga  
el hermoso aparato  
de apariencias, de trajes el ornato,

hoy prevenido quiero  
que, alegre, liberal y lisonjero,  
fabriques apariencias  
que de dudas se pasen a evidencias.  
Seremos, yo el Autor, en un instante,  
tú el teatro, y el hombre el recitante.  
(Calderón de la Barca, "El gran teatro del mundo")

El contrapunto a esa visión macabra que sobre la vida tenía el hombre del Barroco, son las máscaras de los que pretenden disfrazar la realidad caótica que les rodea y vestirla de tragedia y comedia para poder vivir la vida que no les ha tocado en suerte vivir. La explosión creativa en el teatro de esta época hizo que ésta se ganara el nombre de "Siglo de Oro".

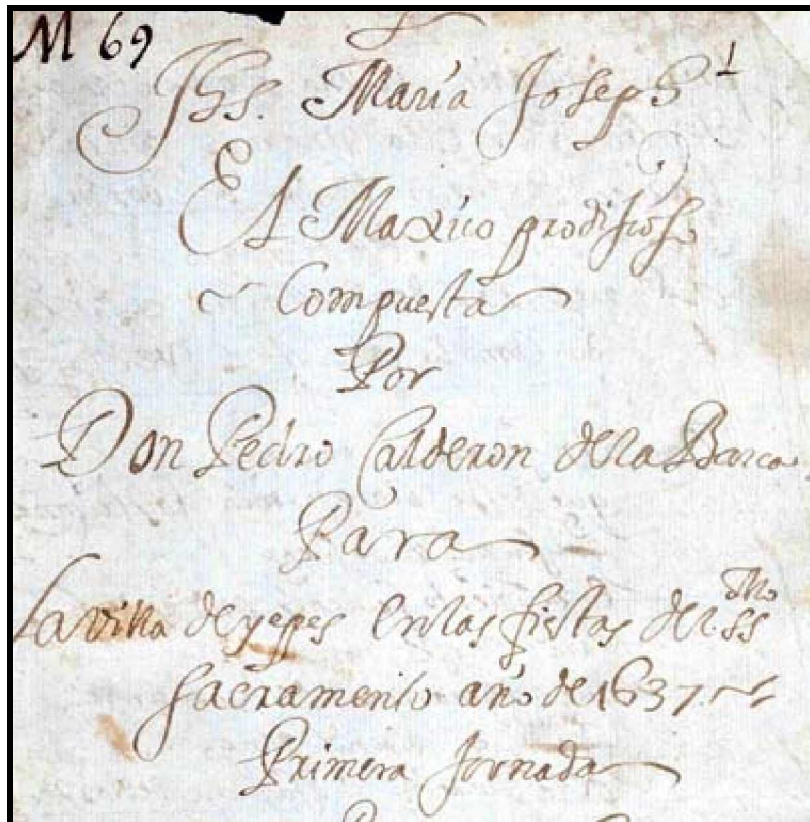


La polarización entre tragedia y fiesta, llanto (Calderón de la Barca) y risa (Lope de Vega) trata de ser consuelo, una vez más, del carácter transitorio del papel asignado a cada uno en la vida, llevando al hombre a pensar que, al fin y al cabo, siempre puede haber una rotación en el reparto.

Así hablaba pues Guillén de Castro sobre las comedias españolas:

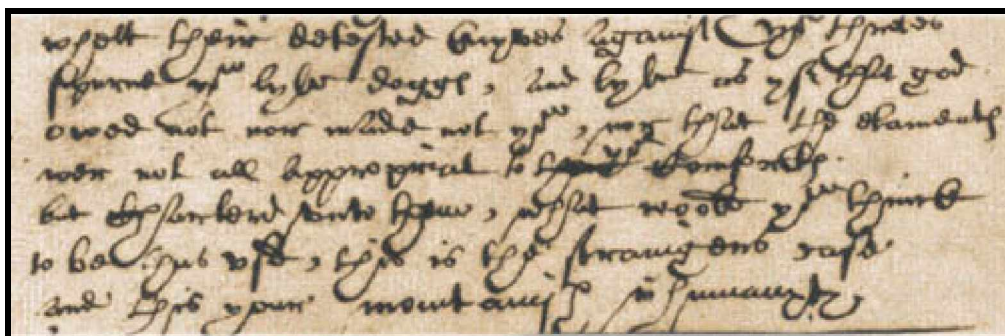
"(...) es su fin el procurar  
que las oiga un pueblo entero  
dando al sabio y al grosero  
que reír y que llorar"

El texto escrito se convierte también, por supuesto, en un espléndido escenario de ostentación, donde cobran relevancia las letras ampulosas y, en cierto modo, extravagantes; donde las mayúsculas iniciales osan presentar con gran prestancia al personaje intérprete de la gran obra, y donde el dinamismo representado en la agilidad de los trazos nos invita a la acción sin freno, al derroche de creatividad para aparentar a lo grande lo que es pequeño.



Manuscrito de Calderón de la Barca

Aunque colea Renacimiento, el teatro de William Shakespeare también tiene un tanto de Barroco, al igual que su escritura llena de espontaneidad, agilidad y vibración que nos lleva a entenderla casi como si de música se tratara, tales son la ligereza entusiasta de ánimo y la emotividad que desprende.



La misma ligereza entusiasta y ostentosa, de apariencia teatral, se aprecia en la firma de su coetáneo y competidor en la conquista de escenarios, Christopher Marlowe. El ascenso imbricado que predomina en sus textos nos habla de la pretensión de mantener el entusiasmo vivo y en alza, pese a las inevitables flojeras de ánimo que impone la vida. Una vez más encontramos los “latigazos” en ligaduras superiores, síntoma de excelsa agilidad mental y capacidad de raciocinio. Es curioso el gesto en forma de bucle en el segundo monte de la “M” que nos corrobora el sentir de una apariencia frente a la personalidad vulnerable, y la importancia que ésta otorga a las críticas ajenas.

### “Lo fingido verdadero”

Al hilo de lo anterior vemos que, en este mundo puramente fenoménico, juega tal papel esencial la importancia que se da a las apariencias que muchas veces llega hasta el punto de confundir la realidad con la ficción, la persona con el personaje, la verdad y la mentira, la sombra y la realidad, la vida con los sueños.

“Porque si ha sido soñado  
lo que vi palpable y cierto,  
lo que veo será incierto”

(Calderón de la Barca, “La vida es sueño”)

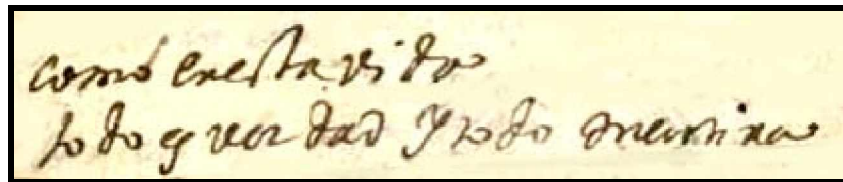
En un mundo de perspectivas engañosas, de ilusiones y apariencias, es necesario un rodeo por la ficción para dar con la realidad. Con esa concepto de “perspectiva” sabe muy bien jugarse en el arte de la época.

Si nos fijamos en “Las Meninas” de Diego Velázquez encontramos un buen ejemplo de ello: el ingenioso juego de espejos y de escenarios superpuestos nos confunde y traspasa la realidad intrínseca del cuadro. El retrato de las niñas que vemos no es en sí el retrato; el cuadro se está pintando por delante; los personajes retratados están justo detrás de nosotros y, a su vez, reflejados en el pequeño espejo al fondo de la sala, pero, nos preguntamos ¿son esas dos figuras las que están siendo retratadas por Velásquez en realidad? Tal vez sí, tal vez no. Las interpretaciones sobre este cuadro han sido múltiples y, a veces, confusas y difusas, entrando al juego de polaridades y reflejos, de verdades y mentiras al que el pintor nos invitó a participar.



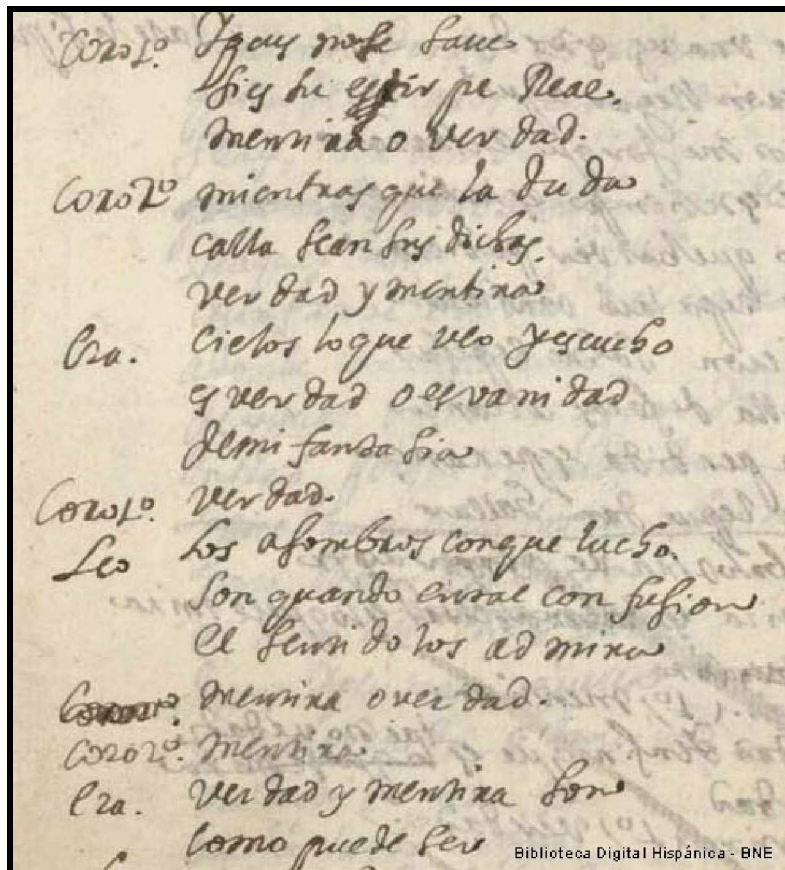
“Y la experiencia me enseña  
que el hombre que vive sueña  
lo que es hasta despertar”  
(Calderón de la Barca, “La vida es sueño”)

En la obra de Calderón, “En esta vida todo es verdad y todo mentira”, la protagonista se pregunta “¿Cómo, a dudar vuelvo, sombra y realidad podrán avenirse”. Y la respuesta se halla en la misma obra: “como en esta vida todo es verdad y todo mentira”.



El reflejo de la importancia a las apariencias encuentra su reflejo, en la escritura barroca, en ese afán de ostentación, que de exagerada podría rayar el ridículo incluso, y también en ese espíritu defensivo de lo privado, en esa actitud, antes mencionada de que, al primer indicio de ataque, aparece el aguijón.

Las firmas con rúbricas extrañas y complicadas, muchas veces incoherentes con el texto en tamaño o en forma, cerradas por la derecha o amparadas en complejos arabescos dibujados en espiral, nos hablan de intención de protección de lo propio, y de múltiples capas para llegar hasta el fondo de la persona misma. También se observan, con frecuencia, textos con dirección sinuosa en los renglones, que nos susurra ocultamiento como poco y mentira como mucho, así como ciertos rasgos finales envolventes por debajo, que implican cierto afán de acaparamiento e fines maliciosos para conseguir favores de ajenos. Todo un juego de gestos escriturales que, en su danzar confuso e imprevisible, envuelven intenciones oscuras entre los pliegues de la capa, llegando a convencer, embaucar y engañar con gran acierto.



“Mientras que la duda  
calla sean sus dichas  
verdad y mentira,  
cielos lo que veo y escucho  
es verdad o es vanidad  
de mi fantasía”

(Calderón de la Barca, “En esta vida todo es verdad y todo mentira”)

Sandra M<sup>a</sup> Cerro  
Grafóloga y Perito calígrafo  
[www.sandracerro.com](http://www.sandracerro.com)

Este artículo está basado en la conferencia impartida el pasado 28 de mayo de 2011, en el Museo de la Biblioteca Nacional de España, dentro del ciclo titulado "Descubre al autor en su escritura"

Fuentes:

- Biblioteca digital hispánica – Biblioteca Nacional de España [www.bne.es](http://www.bne.es)
- Biblioteca Cervantes virtual – [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)
- José Antonio Varavall, "La cultura del Barroco". Ed. Ariel Letras.
- Rufino Blanco, "Arte de la escritura y de la caligrafía". Biblioteca universitaria

Reseña de fotografías:

- "Mujeres en la ventana", Murillo
- "El rapto de Proserpina", Bernini.
- Retrato de Isabel de Portugal, reina de España, por Tiziano
- Capilla de los huesos, Évora (Portugal)
- "Amor en el teatro", Watteau
- "Las Meninas", Diego Velázquez